

go, directamente á Viena. Vaya, compañero, no pongáis mala cara á tan buena noticia.

ILLO.—Ahora nos tocará á nosotros imponer condiciones y vengarnos de los pérfidos y miserables que nos abandonaron. Por de pronto, uno de ellos, Piccolomini, ya expió su conducta. ¡Ojalá les ocurra lo mismo á cuantos alimenten malas intenciones contra nosotros! ¡Qué terrible golpe para el viejo Piccolomini! Toda la vida pasó torturándose para erigir su título de conde en el de príncipe, y en la demanda pierde á su hijo único!

BUTTLER.—¡Desdichada suerte la de ese heróico muchacho! El mismo duque la ha sentido en el alma: lo lleva escrito en la cara.

ILLO.—Esto es lo que siempre me ha disgustado del general: esa preferencia constante por los italianos, era nuestra continua disputa. Estoy segurísimo de que, aún ahora, nos vería morir con gusto diez veces, con que resucitara su amigo.

TERZKY.—Basta; basta; no hablemos más en ello. Paz á los muertos. Ahora se trata de embriagar á los vivos. Vuestro regimiento nos invita á una fiesta, y hemos de pasar alegremente la noche hasta que, al rayar el alba, nos encuentren los suecos con la copa en la mano.

ILLO.—Es verdad; alegrémonos hoy, que luégo nos calentaremos las costillas. Lo que es yo no daré tregua á la espada hasta que chorree sangre austriaca.

GORDON.—¡Pshe! Ah, señor mariscal, bonito discurso!... ¡Y por qué tanta cólera contra el Emperador!

BUTTLER.—¡No fiéis mucho en esa victoria! Recordad cuán rápida gira la rueda de la fortuna, y cuán poderoso es todavía el Emperador.

ILLO.—El Emperador cuenta con muchos soldados, pero no tiene un solo general, porque el rey Fernando de Hungría nada entiende de pelear, y Gallas fué siem-

pre muy desgraciado: hasta ahora siempre perdió batallas. Cuanto á esa serpiente de Octavio, si pudo herir á Friedland por la espalda, es incapaz de hacerle frente en el campo.

TERZKY.—Ganaremos, no lo dudéis. La fortuna no abandonó jamás al duque; ya es sabido que Austria fué siempre victoriosa por Wallenstein.

ILLO.—No se pasará mucho tiempo sin que haya reunido numeroso ejército; su antigua fama atraerá á las tropas á sus banderas, y será grande como fué en otro tiempo. Como si le viera ya cual antaño. ¡Cuánto sentirán entonces algunos insensatos haberle abandonado, viéndole distribuir tierras á sus amigos y recompensar con magnificencia á sus leales servidores! Claro que nosotros seremos los preferidos. (*A Gordon*). Entonces ha de acordarse también de vos; seguramente os va á sacar de este nido para colocaros donde brille más alta vuestra fidelidad.

GORDON.—Estoy satisfecho con mi suerte, y no ambiciono encaramarme más; cuánto mayor la elevación, más profunda es la caída.

ILLO.—Aquí ya no tenéis nada que hacer, puesto que los suecos entrarán mañana. Vamos, Terzky, á cenar... ¿Qué os parece? Hagamos iluminar la ciudad en honor de los suecos; quien no saque luces, ó será español ó traidor.

TERZKY.—No; al duque no le parecerá bien.

ILLO.—¡Cómo! Aquí somos los amos, y nadie debe declararse austriaco donde mandamos nosotros. Con Dios, Gordon; mucha vigilancia, repito. Que salgan patrullas. Para mayor seguridad mudad el santo y seña, y á las diez en punto llevad las llaves al duque en persona y cesaréis en vuestro cargo. Mañana los suecos entrarán en la fortaleza.

TERZKY (*á Buttler, retirándose*).—¿Venís?

BUTTLER.—A su tiempo.

(*Vanse.*)



## ESCENA VIII

BUTTLER, GORDON

GORDON (*siguiéndolos con la mirada*).—¡Desdichados! ¡Con qué improvisión se dirigen, incautos y deslumbrados por su triunfo, al lazo que se les tiende! No me inspiran la menor compasión. ¡Qué arrogante y presuntuoso canalla el tal Illo! ¡Pues no quisiera bañarse en la sangre de su Emperador!

BUTTLER.—Haced lo que ordenó; que salgan patrullas y velad por la seguridad de la plaza... En cuanto suban al castillo, allí los encerraré para que nada pueda oírse desde la ciudad.

GORDON (*con inquietud*).—¡Oh!... no os apresuréis; decidme antes...

BUTTLER.—Ya lo habéis oído: el día de mañana pertenece á los suecos. Sólo contamos con esta noche, y ellos llevan buen paso; adelantémonos á ellos. Con Dios.

GORDON.—¡Ay!... nada bueno me anuncia vuestra mirada. Prometedme...

BUTTLER.—Se ha puesto el sol; y avanza una noche fatal; en sus tinieblas reside la seguridad de nuestros enemigos. Su mala estrella los libra indefensos á nuestras manos. En medio de su embriaguez y de su presunción, el hierro cortará el hilo de su vida. ¡Oh! Hábil siempre en sus cálculos, el príncipe dispuso de los hombres como de las piezas de un ajedrez, sin importársele nada arriesgar el honor, la dignidad, la buena reputación de los otros. Ni un solo instante dejó de calcular, pero al fin habrá errado la cuenta, confiando en su vida cuando toca á su término.

GORDON.—Olvidad ahora sus faltas para recordar tan

sólo su grandeza, su bondad, sus amables cualidades, sus nobles y grandes acciones. Desarmen ellas vuestro brazo suspendido ya sobre su cabeza como si descendiera un ángel á interceder por él.

BUTTLER.—Es tarde ya. ¡Piedad! no puedo sentirla. Sólo abrigo ideas de sangre. (*Asiendo de la mano á Gordon.*) Gordon; aunque no quiero, ni tengo para qué querer al duque, no me mueve el odio contra él, ni es el odio quien me convierte en su matador, sino su mala estrella. En vano piensa el hombre obrar con libertad, siendo como es juguete del ciego destino que le arrebatá á veces la facultad de elegir. ¿De qué le serviría al príncipe que mi corazón intercediera por él, si está de Dios que muera en mis manos?

GORDON.—¡Ah!... Si algo os dice vuestro corazón, seguid francamente sus impulsos, que la voz del corazón es la voz de Dios, mientras los cálculos artificiales de la prudencia son obra del hombre. ¿Qué feliz resultado os prometéis de un acto sangriento? ¡Ah! La efusión de sangre nunca produjo nada bueno... ¡Ó pensáis acaso con tal medio alcanzar nuevos grados? ¡Cuán errado andaríais en ello! Si el asesinato complacé á los reyes, no así el asesino.

BUTTLER.—Vos ignoráis... No me preguntéis nada más... La culpa está en la victoria de los suecos, y su precipitada marcha hacia aquí. Ningún inconveniente tuviera en librarle á la clemencia, porque no deseo verter su sangre, no; bien podría vivir; pero es fuerza que cumpla mi promesa; fuerza es que muera ó... oid... si escapa, estoy deshonrado...

GORDON.—Para libertar á un hombre tal...

BUTTLER (*con viveza*).—¡Qué!

GORDON.—Bien puede hacerse un sacrificio. ¡Sed generoso! No es la opinión, sino la grandeza de alma lo que honra al hombre.

BUTTLER (*friamente y con orgullo*).—Él es grande, él



es príncipe, y en cambio yo soy un hombre oscuro. ¿No es esto lo que queréis decir? ¿Y qué le importa al mundo? ¿Creéis por ventura que un hombre de cuna inferior se envilece ó se ilustra porque se salve un príncipe? Cada cual conoce su propio valer, y sólo á mí atañe designar mi puesto; no hay nadie en el mundo colocado á tal altura que me sienta yo inferior comparado con él. Sólo la voluntad nos hace grandes ó pequeños; y cabalmente porque quiero, morirá.

GORDON.—Veo que me esfuerzo en mover una roca. Vos no sois un hombre... Me es imposible deteneros, pero ruego á Dios le salve de vuestras terribles manos.

(*Vanse.*)

#### ESCENA IX

El teatro representa las habitaciones de la Duquesa.—TECLA, en un sillón, pálida y con los ojos cerrados, LA DUQUESA y la señorita de NEUBRUNN, junto á ella, muy solícitas; WALLENSTEIN y LA CONDESA, hablando entre sí.

WALLENSTEIN.—¿Cómo lo ha sabido tan pronto?

LA CONDESA.—Parece que presentía tamaña desgracia. Apenas llegó la nueva de la muerte de un coronel austriaco en batalla (lo he visto al instante), ha volado al encuentro del oficial sueco y le arrancó con sus preguntas la triste noticia. Tarde hemos advertido su ausencia; cuando he corrido á ella, la encontré ya desmayada en brazos del mensajero.

WALLENSTEIN.—¡Ah qué golpe tan terrible para ella! ¡Pobre hija mía!... ¿Cómo está? ¿Vuelve en sí?

(*A la Duquesa.*)

LA DUQUESA.—Ya abre los ojos.

LA CONDESA.—Vive.

TECLA (*mirando en torno*).—¿Dónde estoy?

WALLENSTEIN (*tendiéndole los brazos*).—Vuelve en ti,

hija mía. Ten valor... Mira aquí á tu madre que te ama, y á tu padre que te sostiene en sus brazos.

TECLA (*se levanta*).—¿Dónde está? ¿Se ha marchado?

LA DUQUESA.—¿Quién, hija mía?

TECLA.—Quien pronunció las fatales palabras.

LA DUQUESA.—Olvídalo, hija mía... Procura distraerte de eso.

WALLENSTEIN.—No, déjala; que hable de su dolor; déjala quejarse. Llorad con ella, ¡es tan grave su pena!... Pero sabrá soportarla, porque Tecla recibió de su padre un corazón que no se deja abatir.

TECLA.—No estoy enferma, no; tengo fuerza para sostenerme... ¿Por qué lloras, madre mía? ¿Te asusté?... Vamos, ya pasó; ya estoy serena otra vez. (*Se levanta y mira en torno suyo buscando á alguien.*) ¿Dónde está?... No me lo ocultéis... tengo fuerzas bastantes para oírle.

LA DUQUESA.—No, Tecla, no verás más al fatal mensajero.

TECLA.—¡Padre mío!

WALLENSTEIN.—¡Hija!

TECLA.—No me siento tan débil como pensáis; y me encontraré mejor todavía, si me hacéis un favor.

WALLENSTEIN.—Habla.

TECLA.—Permitid que llamen á ese hombre, para que yo le reciba y le interrogue á solas.

LA DUQUESA.—¡Ah!... eso nunca.

LA CONDESA.—No; de ningún modo; no accedas.

WALLENSTEIN.—¿Y por qué quieres hablarle, hija mía?

TECLA.—Cuando lo sepa todo estaré más tranquila. No consiento que me engañen. Madre se empeña en guardar miramientos, y yo no quiero eso. ¡Qué puedo saber ya más terrible de lo que he oído!

LA CONDESA Y LA DUQUESA (*á Wallenstein*).—No accedas.



TECLA.—Sobrecogida de dolor, mi sentimiento me ha hecho traición delante del extranjero, y ha sido testigo de mi flaqueza... Sí; me desmayé en sus brazos, y eso me tiene avergonzada. Quiero rehabilitarme á sus ojos, quiero hablarle para que no conserve de mí una opinión errónea.

WALLENSTEIN.—Tiene razón... me inclino á decirle que sí. Llamadle. *(La Neubrunn vase.)*

LA DUQUESA.—Pero yo, tu madre, quiero estar presente.

TECLA.—Prefiero hablarle sola; así me será más fácil sostenerme.

WALLENSTEIN *(á la duquesa)*.—Dejadla hacer..... que le hable á solas. En ciertas aficciones nadie halla consuelo sino en sí mismo, y el ánimo fuerte quiere entregarse á su propia fuerza. Para soportar tamaño golpe, sólo en su fortaleza debe buscar la suficiente energía. Es mi hija, mi valerosa hija, y quiero que sea tratada no como mujer, sino como una heroína. *(Hace que se va.)*

LA CONDESA *(deteniéndole)*.—¿A dónde vas?... Terzky me ha dicho que proyectabas salir mañana y dejarnos aquí.

WALLENSTEIN.—Sí; vosotras os quedaréis bien protegidas por algunos valientes.

LA CONDESA.—¡Oh! por Dios, hermano; llévanos contigo; no nos dejes solas aguardando con inquietud los acontecimientos. Es más fácil soportar la desgracia presente, que la incertidumbre del mal lejano.

WALLENSTEIN.—¿Pero quién habla de desgracias? Vaya, ¡fuera tristeza! Yo estoy más esperanzado.

LA CONDESA.—Pues llévanos contigo; no nos dejes en este sitio de tan triste presagio, que me oprime y me sofoca como un sepulcro. No puedo ponderarte cuán mal me encuentro aquí. Llévanos contigo, por Dios... Ven, hermana, ruégaselo como yo... y tú también, sobrina.

WALLENSTEIN.—Yo trocaré los fúnebres presagios en alegría, con encerrar aquí cuanto me es caro.

LA NEUBRUNN *(saliendo)*.—Aquí está el oficial sueco.

WALLENSTEIN.—Dejadla sola con él. *(Vase.)*

LA DUQUESA *(á Tecla)*.—¿Palideces, hija mía?... Es imposible que le hables... ven con tu madre.

TECLA.—La señorita de Neubrunn se quedará cerca de aquí. *(La Condesa y la Duquesa se van.)*

## ESCENA X

TECLA.—UN CAPITÁN SUECO.—LA NEUBRUNN

EL CAPITÁN *(acercándose con respeto)*.—Perdonadme, princesa, si mi irreflexivo é imprevisto relato..! Cómo podía yo...

TECLA *(con nobleza)*.—Fuisteis testigo de mi dolor; un desgraciado accidente hizo de vos, un extranjero, confidente de mis penas.

EL CAPITÁN.—Temo que mi aspecto os sea odioso, pues os dí tan triste noticia...

TECLA.—La culpa es mía; yo fui quien os la arrancó, y el destino quien ha proferido... Puesto que mi espanto interrumpió vuestro relato, os ruego que acabéis.

EL CAPITÁN *(vacilando)*.—Con eso, princesa, renovaré vuestro dolor.

TECLA.—Estoy tranquila, quiero estarlo. ¿Cómo empezó la batalla?... Acabad.

EL CAPITÁN.—Estábamos atrincherados y al abrigo de todo ataque en nuestro campamento, cuando vemos surgir de golpe una nube de polvo por el lado del bosque, y la vanguardia se precipitó á las fronteras gritando: «el enemigo, el enemigo». Apenas tuvimos tiempo de montar á caballo; los coraceros de Pappen-



heim habían franqueado el primer reducto, é impetuosamente atravesaron el foso, pero su irreflexivo valor dispersó los regimientos, de modo que la infantería se quedó rezagada, cuando sólo la caballería seguía á su temerario jefe. (*Tecla hace un gesto; el capitán se detiene hasta que ella le hace señas de continuar.*) En esto la nuestra acudió, agrupada, por el flanco derecho é izquierdo, y los rechazamos hasta los fosos donde ya la infantería, en línea de batalla, les opuso inexpugnable muro con la punta de sus alabardas: así, oprimidos por todos lados en tan terrible cerco, no podían retroceder ni avanzar. Entonces el rhingrave intimó la rendición... pero el coronel Piccolomini... (*Tecla vacila y se apoya en un sillón.*) Le conocimos por los plumajes del casco, y su hermosa cabellera larga, que, con la rapidez de la carrera, flotaba sobre sus hombros. Señalando el foso, á él se lanza delante de todos, y obliga al caballo á saltarlo, con que el regimiento se precipita tras él; pero el caballo estaba herido.... se desboca, espumajea, se encabrita y tirá al jinete. El regimiento entero, roto el freno de la caballería, pasó por encima de su cuerpo.

(*Tecla, durante las últimas palabras, ha manifestado creciente ansiedad; sobrecogida de violento temblor, próxima á desmayarse, cae en brazos de la Neubrunn, que acude á socorrerla.*)

LA NEUBRUNN.— ¡Ay, señorita!

EL CAPITÁN (*conmovido*).—Me retiro.

TECLA.—No, estoy bien: acabad.

EL CAPITÁN.—Desesperadas, furiosas las tropas en cuanto vieron caer á su jefe, nadie se acuerda ya de su salvación, y se arrojan á combatir como tigres; su obstinada resistencia enardece á los nuestros; sólo la muerte de todos puso fin al combate.

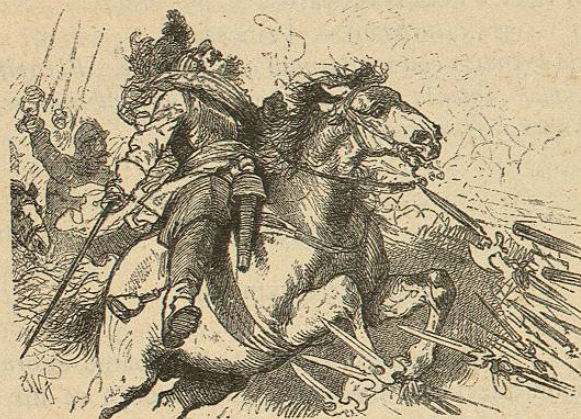
TECLA (*con voz temblorosa*).—Y dónde... ¿dónde está él? Nada me habéis dicho todavía.



EL CAPITÁN.—Perdonadme, princesa....



EL CAPITÁN (*tras breve silencio*).—Esta mañana hemos celebrado sus funerales. Doce jóvenes de la nobleza llevaban el cadáver, y seguía detrás todo el ejército. El féretro iba adornado de laureles y el mismo rhingrave depuso la victoriosa espada sobre él. Lágrimas no le han faltado, porque muchos de nosotros conocíamos su grandeza de alma y su bondadoso carácter,



y á todos nos conmovió su suerte. El rhingrave hubiera querido salvarle; pero él corrió, por lo visto, á su perdición; dicen que deseaba morir.

LA NEUBRUNN (*á Tecla que oculta el rostro*). — Ah señorita... señorita; abrid los ojos... ¡Por qué, Dios mío, empeñarse en oír esa relación!

TECLA.—¿Y dónde está enterrado?

EL CAPITÁN.—Se halla depositado en la iglesia de un monasterio, cerca de Neustadt, hasta que disponga su padre.

TECLA.—¿Cómo se llama el monasterio?

EL CAPITÁN.—Santa Catalina.

TECLA.—¿Está muy lejos de aquí?

EL CAPITÁN.—Siete millas.

TECLA.—¿Por dónde se va?



EL CAPITÁN.—Por Tirschenreut y Falkenberg, pasando por nuestras avanzadas.

TECLA.—¿Quién las manda?

EL CAPITÁN.—El coronel Seckendorf.

TECLA (*acercándose á la mesa, y tomando de una arquilla una sortija*).—Os agradezco la compasión que me habéis manifestado; aceptad este recuerdo de la entrevista... Podéis retiraros.

EL CAPITÁN (*turbado*).—¡Princesa!...  
(*Tecla le indica con un ademán que se retire... El capitán, perplejo, intenta hablar. La señorita de Neubrunn repite la seña, y él se va.*)

### ESCENA XI

TECLA, LA NEUBRUNN

TECLA (*echándose á su cuello*).—Pruébame ahora la afección que tanto me has manifestado... sé mi fiel amiga y compañera. Es necesario partir esta misma noche.

LA NEUBRUNN.—¡Partir! ¿y á dónde?

TECLA.—¿A dónde, me preguntas? No hay más que un lugar en el mundo: el de su féretro.

LA NEUBRUNN.—¿Y qué haréis allí, señorita?

TECLA.—¿Qué haré yo allí, desdichada? Si amases, no lo preguntarías. Allí está cuánto resta de él, allí, el único lugar que existe en la tierra... ¡Oh, no me detengas! Vamos, y disponte á salir. Pensemos en el modo de escapar juntas.

LA NEUBRUNN.—¿Pero no se os ocurre que vuestro padre se pondrá furioso?

TECLA.—Yo no temo la cólera de nadie.

LA NEUBRUNN.—Pero y el qué dirán?... ¡y las murmuraciones y la maledicencia!

TECLA.—Yo quiero sólo ver á quien ya no existe... ¿Acaso voy á arrojarme en sus brazos?... ¡Dios mío!... Si desciendo á la tumba de mi amado!

LA NEUBRUNN.—¿Solas?... ¿Sin apoyo?... Dos débiles mujeres...

TECLA.—Iremos armadas; mi brazo te protegerá.

LA NEUBRUNN.—¿En noche tan oscura?

TECLA.—Mejor; así no seremos vistas.

LA NEUBRUNN.—¡Con esta tormenta!

TECLA.—¿Descansó él bajo las herraduras de los caballos?

LA NEUBRUNN.—¡Oh Dios mío! ¡Teniendo que pasar por delante de tantas guardias! Quizás nos lo impidan.

TECLA.—Hombres son. La desdicha cruza libremente el mundo.

LA NEUBRUNN.—El viaje es largo además.

TECLA.—¿Calcula la distancia el peregrino, cuando se dirige al santuario lejano?

LA NEUBRUNN.—¿Y cómo salir de la ciudad?

TECLA.—El dinero nos abrirá todas las puertas... Anda, vé.

LA NEUBRUNN.—¿Y si nos conocen?

TECLA.—¿Quién se va á figurar que una mujer, fugitiva y desesperada, sea la hija de Friedland?

LA NEUBRUNN.—¿Dónde encontraremos caballos?

TECLA.—Mi caballerizo los proporcionará. Vé, llámale.

LA NEUBRUNN.—¿Se atreverá, sin permiso de su señor?

TECLA.—Sí, mujer; vé, no te detengas.

LA NEUBRUNN.—¡Dios mío!... ¿Y qué será de vuestra madre?

TECLA (*reflexionando y ensimismada en su dolor*).—¡Pobre madre mía!

LA NEUBRUNN.—¡Tanto como ha sufrido la pobre!... ¿Por qué darle ese nuevo disgusto?

TECLA.—No puedo evitarlo. Vé, vé.